



JÓVENES Y VIEJOS



---

## JOVENES Y VIEJOS

---



AY otra clase notable de amigos: los que son mucho más jóvenes que nosotros. Todos tenemos algunos.

A veces, cuando nos pasa por la imaginación un soplo de la primera juventud, como una bocanada de aire primaveral en el estío, nos encontramos un tanto alejados de nuestros contemporáneos marrulleros y excépticos, que ven el mundo por el lado negro, y hablan casi siempre de las mismas cosas, observándolas todas por el mismo lado; y entónces buscamos á nuestros amigos de diez y seis á veinte años, y con ellos refrescamos el corazón y la cabeza, y recobramos algo de los bríos juveniles.

A no hacerlo así, se chochea demasiado pronto; y por otra parte, no tratando á los jóvenes, se pierde

poco á poco el exacto conocimiento de su edad, que á todos es útil, y no hay manera de estudiar al natural la generacion que sigue á la nuestra, sin lo cual no se puede decir que se conoce bien el tiempo en que se vive.

Es preciso que haya jóvenes entre nuestros amigos para estar al corriente de lo que ocurre. Ellos, á su vez, para anticipar la experiencia de la vida, tienen necesidad de nosotros y buscan nuestra amistad. No la adquieren con los viejos, los cuales están ya, en todas las cosas, muy distantes de ellos, y, ó se rejuvenecen por vanidad y pierden su estimacion, ó les sermonean ó los aburren. Pero, con nosotros que tenemos todavía algo de jóvenes, y conservamos aún caliente el recuerdo de sus pasiones, están muy gustosos.

Ellos ponen en la amistad lo que tienen de más maduro, nosotros lo que nos queda de más juvenil, y así, dando los unos un paso hácia adelante y un paso hácia atrás los otros, nos preguntamos y nos escudriñamos mutuamente, ellos para prepararse al porvenir, nosotros para volver á ver el pasado.

Da gusto así, cuando han tomado confianza con nosotros y hablan libremente, con calor, encontrarnos en ellos tales como éramos hace veinte años; encontrar entusiasmos, órdenes de sentimien-

tos y de ideas, por los cuales hemos pasado y que habíamos olvidado por completo, despues de haber creído y jurado llevarlos en el alma hasta la muerte; volver á oír aquellas conversaciones que nos recuerdan ciertos procesos ingénuos y raros de la razon, de los cuales habíamos abusado como ellos y que habíamos dejado á un lado; volvernos á reir, por simpatía, de cosas de las que no nos reíamos desde hace veinte años; reconocer acentos, gestos, que nos eran habituales, y que habíamos perdido; expresiones del semblante, á las cuales nuestra cara severa no se presta ya; una parte de nosotros que ha muerto y que estaba tambien para morir en nuestra memoria. Es imposible no tomar afecto á estos amigos, en los cuales vemos reflejadas tantas imágenes de nuestra edad más hermosa.

No es, ciertamente, muy fácil esta amistad. Es menester vencer, entre otras cosas, la envidia que nos dan los largos cabellos negros, los ojos brillantes. las megillas sonrosadas, y aquella plácida sonrisa que es como el reflejo de una gran vision lejana de países maravillosos. Porque es muy fácil decir:— Todos hemos sido jóvenes.—Pero aquella hermosa juventud, llena de fuerzas y de esperanzas no produce despecho, como si fuese nuestra juven-

tud, caída en poder de otro, que nos hubiera sido robada á traicion. A veces, la contemplacion repentina de la frente fresquísimá, y de la boca color de púrpura del amigo de diez y siete años detiene una expresion benévola, y trae á nuestros labios una palabra punzante.

Estos intrusos nos lo quitan todo—pensamos—hasta la ilusion de ser todavía jóvenes. ¿Cómo podemos ser amigos, sonriendo, de los que así nos socavan el terreno bajo los piés? Y despues, ¡qué petulancia! Aunque bajo las apariencias de la más humilde modestia, se comprende que están orgullosos de su juventud, como de una de sus dotes excepcionales é inmutables; experimentan un sentimiento de compasion hácia todos los que tienen diez años más que ellos, como si fueran objetos inútiles; á cualquier superioridad de los que tienen más años, oponen secretamente su fé de bautismo; comparándose con nosotros, no aparecen ellos mismos tales como son, sino los grandes hombres imaginarios que cada uno de ellos cree firmísimamente llegará á ser un día; creen todos llevar dentro de sí el gérmen de un nuevo mundo; comienzan la historia de la humanidad en el día de su nacimiento; nosotros, y los que nos han precedido, no hemos nacido para otra cosa que para prepararles el camino.

Y no os esforceis en persuadirlos de que el camino es tortuoso, oscuro, y terrible, sería machacar en hierro frío.

Parecerá que os creen y sacudirán la cabeza en ademán de resignacion y de tristeza; pero dejarán siempre trasparente en el centelleo de su ojos, la tranquila é imperturbable seguridad de que el mundo hará una excepcion en favor suyo, y que vosotros sois los profetas recelosos de la desgracia.

Es irritante.

Verdaderamente, es irritante; pero debemos avergonzarnos de que sea verdadero. Para acallar aquel resentimiento que no es sino un resentimiento de amor propio, basta reflexionar, cuánto deberán pasar aun los más afortunados; cómo el mundo les arrancará todas aquellas esperanzas, una á una, como plumas ensangrentadas de la carne viva, riendo de sus gritos desgarradores y en la innumerable é indescriptible série de pequeños y de grandes tormentos del alma y del cuerpo, por causa de los cuales, poco á poco aquellas cabelleras se erizarán, aquellos ojos se enturbiarán, aquellas voces perderán su sonoridad y su pujanza.

Es preciso no tener más que orgullo en el corazón para no sentir vencido el despecho por el afecto, encerrándose en estos pensamientos. Somos egoistas é

injustos. Eramos como ellos son. ¿Eramos? Lo somos todavía.

Cada uno llega á una nueva edad, en la inexperiencia de aquella edad, como dice un gran filósofo.

A los treinta y cinco años, no somos de ningun modo más prudentes de lo que ellos son á los veinte; y respecto á nuestros amigos de la generacion que nos precede, no tenemos ménos ilusiones ni ménos vanidad de la que tienen los adolescentes respecto á nosotros. ¡No creen en las lecciones de nuestra experiencia! Pero es porque dejamos trasparente en cada momento, que no somos sinceros, y porque adivinan muy frecuentemente que exageramos las líneas y recargamos las tintas del cuadro de la vida, en parte por vanagloria y en parte para turbar su esperanzas de las que estamos envidiosos en secreto.

¡Nos olvidan como trastos viejos! Pero somos bastantes más ingratos nosotros con la generacion que nos precede, y más furiosamente impacientes porque nos ceden el campo, nosotros que podemos esperar ménos tiempo y que estamos más fuertemente apegados á nuestros intereses que los jóvenes. ¡Alguna vez, sin embargo, advertimos que bajo su bigote naciente, se rien discretísimamente de nosotros! Y bien: no hay más que resignarse, porque es ley de la natura-

leza que todo hombre en el mundo tenga algo de inútil, de pedante, su lado ridículo, ó en el aspecto, ó en las maneras, ó en las ideas, porque nació quince años despues, y que en el curso de la vida, los que van detrás se rien á las espaldas de los que van delante, los cuales son castigados así, por las burlas que han hecho y que hacen á su vez de los otros que tienen delante.

Quien tiene buen juicio, nada le importa todo esto; con los amigos jóvenes no saben tratar sino las gentes de buen sentido.

No saben tratarlos aquellos que se aprovechan de su ingenuidad; para hacerse valer más de lo que son, y proceden como grandes actores; porque los jóvenes reciben impresiones puras é inmediatas, las cuales los engañan raramente sobre el valor verdadero de los hombres, y si se engañan alguna vez, llega siempre el día que descubren el engaño bajo aquella capa y desprecian grandemente al que ha estafado su estimacion con el arte de los charlatanes.

Es inútil fingir. No podemos hacernos amigos de ellos, sino ofreciéndonos tales como somos, y colocándonos con ellos de igual á igual: el aire de proteccion les cansa, la falsa dignidad les estomaga, la amistad que pretende la sumision les ofende. No se obtiene su cariño sino con la sinceridad y con la be-

nevolencia, olvidándose á sí mismos y ocupándose de ellos, de sus esperanzas, del "gran hombre misterioso" que sienten dentro de sí, al cual, porque es posible que surja verdaderamente, debemos desde ahora nuestra solicitud y un pequeño tributo de admiración. Y como se compensan de nuestra amistad, no es sino con muchísimo campo de observaciones que se ofrecen entre nosotros, y con las cuales tienen ocasión de conocernos mucho.

La variedad es admirable. Colosos de diez y siete años, todavía ingenuos y juguetones como niños con su barba espesa; pequeños oradores imberbes, de frente de mármol, armados de piés á cabeza y dispuestos ya para todas las cosas de la vida, los cuales no habiendo visto el mundo sino por un agujero, no se comprende de qué modo hayan podido ver aquello que habíamos visto y comprendido nosotros, á cortina descorrida á los treinta años; impostores refinados que tienen los ojos bajos en nuestra presencia, quietos y recatados como clérigos, y en casa son de la piel del diablo, poderosos como genzaros, tercos como mulos y deslenguados como carreteros; ratones de Biblioteca, ajustados y metódicos como viejos empleados que se han fijado ya un programa minucioso para la vida, trabajos que hacer, fecha del matrimonio, capital que acumulan, lugar en que acabarán sus

días; muchachos nerviosos llenos de vida y de apetitos tenidos con poco dinero, escasos de ropa, ligeros de comida, sujetos en un colegio á toque de campana, que se escapan de sus camisas de fuerza de hijos de familia y se atormentan eternamente aquellos siete pelillos de barba, meditando revoluciones colosales y deseando que se hunda el mundo para romper la monotonía de su metódica existencia; bellos jovencillos, de sangre generosa y noble, buenos, abiertos, llenos de grandes entusiasmos y de honradas indignaciones, los cuales entran en la vida como en un torneo, con la bandera en la mano y una flor en el ojal; jovencitos humildes y delicados como sensitivas, que se avergüenzan por cualquier cosa y tiemblan por todo, y se asoman al mundo como el corderillo á la jaula del león, asombrados por no sé qué concepto gigantesco y oscuro de las dificultades de la vida; estudiantes temerarios llenos de una loca confianza en la grandeza de su propio destino, que hablan descaradamente de las revoluciones que llevarán á cabo en la ciencia, en las artes y en la política como de un nuevo arreglo que quieran hacer en los libros de su Biblioteca; saltimbanquis de bodegón, que van en busca de aventuras pendencieras, fumadores ambulantes de pipa, ligados á nosotros por un sentimiento de gratitud por un empréstito de dos pesetas que los salvó de

un compromiso; pequeños narcisos aderezados, enamorados y ocupados únicamente de su propia belleza; socialistas rabiosos, poetas vertiginosos misántropos precoces que hablan del mundo con el profundo desprecio de grandes hombres desconocidos. Hé aquí todos los tipos.

No acostumbrados aún á fingir, la mayor parte se os dan á conocer íntimamente en poco tiempo, y á cada momento os presentan un nuevo aspecto por el cual podeis estudiarlos. Algunas veces se os presentan con ojos hinchados y soñolientos, entorpecidos por una noche de orgía, á buscar una conversacion instructiva y seria, para salir de aquel envilecimiento melancólico en que caen los novatos despues de la primera escapada; otras veces, pálidos y macilentos por las fatigas extraordinarias de los exámenes, para librarse una hora del terror á las bolas negras, y tomar ánimos con la presencia de una criatura humana, vista despues de aquellos crueles suplicios; hoy, alegres y orgullosos por algun nuevo estudio emprendido, en el cual, ignorando todavía las dificultades y no dudando de su constancia, ven próxima una victoria, que se cansarán de esperar despues de un mes; mañana, simuladamente turbados por los peligros de una aventura amorosa, acerca de la cual nos

piden un consejo, del que no tienen necesidad, sólo por tener el pretexto de contaros con algun colorido poético su primera fortuna; un día, preocupados con un acto de rebelion en familia, agitados, por una ira más forzada que espontánea, que deja adivinar dentro del jóvencillo que se las echa de valiente al chiquillo que llora; otro día, descorazonados por un primer obstáculo, asustados por el primer insulto recibido, por el que creen perdido su porvenir, deshonrado su nombre, concluida su vida, hablan de arsénico y de pistola.

No hay satisfaccion más grata que la que se experimenta en casos semejantes, cuando á fuerza de buenas palabras, razonando pacientemente con el tono de un hermano mayor, un poco por lo serio, otro poco bromeando, se consigue serenarlos, disuadirlos de hacer un despropósito, llevarlos á su casa con una palabra de excusa en los labios, empujarlos, animados de nuevo valor, contra el obstáculo que creían insuperable, hacer que cambien una vida peligrosa por otra honrada; se bendice entonces aquella poca experiencia que se ha adquirido á gran precio; y se comprende más que nunca cómo, una vez perdidas las más bellas ilusiones de la vida, no se encuentra ya el bien propio sino trabajando por el bien de los demás.

Pero no hay que exigir de estos amigos una amistad en iguales condiciones. La amistad de ellos es mucho más voluble que la nuestra, que lo es ya bastante.

Ya no los consideramos como verdaderos amigos, porque la diferencia de edad hace imposible, con nosotros, una familiaridad sin restricciones; ciertas confidencias que no se hacen sino á los que tienen nuestra misma edad; nosotros tenemos siempre á sus ojos algo de preceptores. Por esto nos dan de lado, con gran desenvoltura.

A la más mínima sospecha de que nosotros queremos dominarlos, revindican su propia libertad con una escapada imprevista; y su orgullo turbulento los tiene en continua alarma.

Habíamos creído por algun tiempo, que participaban de ciertas ideas nuestras; y de pronto nos increpan con un ímpetu salvaje, nos combaten furiosamente, en el campo de las ideas, alguna vez, sin convicción, no por otra cosa que por alardear de independencia.

De una á otra entrevista, un nuevo libro leído, la sugestión de un amigo, un flaco que han descubierto en nosotros, el deseo de hacer ver que cambian porque piensan, trastornan sus ideas.

Después de habernos mostrado por mucho tiempo,

una gran estimación, inesperadamente nos hacen comprender que no nos estiman nada; y que están arrepentidos y disgustados, por haber humillado su orgullo delante de nosotros.

A veces nos abandonan, no los vemos ya en meses y meses; nos han olvidado, les habíamos aburrido, se mueven en una esfera distinta, hemos envejecido cincuenta años para ellos; después vuelven, impulsados por un nuevo sentimiento de simpatía, haciéndonos comprender que ya piensan por completo como nosotros y que están avergonzados de habernos vuelto la espalda; después se nos escapan de la mano otra vez, desviados por una pasión, mientras dura la cual, estamos como muertos y enterrados para ellos, y cuando nos encuentran en la calle fingen no vernos por miedo de que querramos estorbarles sus negocios. Lo mejor es no darse por entendidos de nada, recibirlos benévolutamente cuando vuelven; suavizar el calor de las discusiones cuando tratan de exacerbarlas; demostrar siempre, que posponemos el amor propio al afecto que tenemos por ellos. Llega siempre el día en que, compensando, comprenden ellos porqué nos hemos conducido de aquella manera y nos lo agradecen.

Por otra parte, nuestra amistad dura poco tiempo en aquellas condiciones. Aquellos que permanecen



cerca, al hacerse hombres, entran en la familia de nuestros amigos ordinarios, en las condiciones comunes, y aquellos que se van, ¡adiós!

Ocurren bajas constantemente. A este, lo volvemos á ver despues de algun tiempo, vestido de uniforme; otro, llega á casa, despues de varios años, muy satisfecho, á anunciarnos su primer triunfo en el mundo, y despues desaparecen de nuevo; alguno lo volvemos á ver despues de mucho tiempo, ya casado, establecido y encanecido.

Y raro será el caso en que no le volvamos á ver con placer, y que no nos recuerden con emocion aquel primer período de su vida en el cual les habíamos llevado de la mano, doblegándonos con cariñosa indulgencia á los caprichos y á las extravagancias de su amistad juvenil.

La mayor parte, aun cuando sean hombres como nosotros, y amigos ya experimentados, continuarán tratándonos con cierta deferencia delicada que tendrá algo de filial y que despertará un grato recuerdo en nuestro corazon.

\*  
\* \*

Una parte de nuestros amigos se compone de muchachos, la otra de viejos. Las buenas amistades de los viejos nos alivian un poco aquel sentimiento casi de soledad y de miedo, que se tiene á cierta edad, cuando reparamos que hemos perdido todos los afectos que estaban por cima de nosotros, y que tenían apariencia de proteccion: llegados á la mitad del camino de la vida no podemos ya encontrar una especie de amistad protectora é indulgente más que en aquellos que se acercan á su término.

Todos tenemos algunas cabezas blancas en el círculo de nuestros amigos y las deberíamos ir á buscar, si no las tuviésemos.

Es bueno conocer la vejez, antes de llegar á ella, ver que es lo que sufre y ver donde llega la fuerza de voluntad, como se ingenian para proporcionarse aquella felicidad de todos los días que es el aire del alma, cuáles son los recuerdos que

dan más consuelo, bajo que aspecto se les presenta el mundo, qué pretende de nosotros, qué es lo que nosotros pretendemos un día de los demás, qué cosa es, en suma, ó qué cosa seremos.

Si no otra cosa, nuestros viejos amigos, nos enseñan "el arte de envejecer" que es ciertamente una de las artes más útiles y ménos estudiadas de mundo.

Los orígenes de estas amistades son muy diversos.

Algunos de estos amigos encanecidos los hemos heredado de nuestro padre; eran amigos suyos, el recuerdo de su primer conocimiento se pierde entre los recuerdos más lejanos de nuestra infancia; su antigua imágen es inseparable para nosotros de la de un viejo sillón de nuestra casa, donde lo veíamos sentado en las noches de invierno y de una reminiscencia confusa de razonamientos graves é interminables que escuchábamos con los ojos soñolientos, sin alcanzar su significado.

Otros son padres de nuestros amigos muertos ó ausentes.

Hay algun viejo profesor al cual estamos agradecidos despues de 25 años, por la bondad con que nos alivió de los primeros martirios cerebrales y los primeros dolores de la escuela.

A otro lo conocimos hombre más duro cuando éramos jovencillos y empezábamos á volar y llegamos á ser, y continuamos siendo amigos porque nos hizo un beneficio que no se olvida nunca, nos trató como hombres, en la edad en que nuestro principal pesar era ser tratados como niños; fué mucho tiempo para nosotros, el objeto de una gratitud apasionada que disminuyó pero no se extinguió toda con los años.

Tenemos tambien un amigo viejo, que es un artista, ó un sábio, ó un escritor, ó un hombre político, el cual nos tomó cariño, porque desde jóvenes recorrimos el mismo camino, dimos nuestros primeros pasos en su misma direccion y combatimos á su lado vanamente, pero con un ardor de adhesión que mereció su reconocimiento.

Hemos conocido otros en la sociedad de nuestros amigos de la misma edad, en medio de la cual descollaban por su vivacidad juvenil, la cual nos agradó y conquistó nuestra amistad porque no estaba acompañada de una severidad que nos impusiera respeto.

Hay amistades que se sienten más vivamente y que se cultivan con más esmero, cuando se ha perdido el padre desde jóven.

Ha y entences en nuestro corazon un puesto vací

para un afecto grande y respetuoso y andamos buscando aquí y allí entre nuestros amigos encanecidos, si hay quien pueda ocuparlo en todo ó en parte. Y á veces creemos haberlo encontrado.

Ciertas vagas reminiscencias de carácter, de aspecto, de costumbres, que descubrimos poco á poco entre nuestro nuevo amigo y aquel íntimo é incomparable que nos ha abandonado, nos producen una ilusión muy grata; en la manera cariñosa con la cual nos golpea con su mano la espalda, sentimos una sacudida en el corazón y hace que corra desde el corazón á los labios el nombre que tantos años há no podemos ya dar á nadie; y no es raro mientras le observamos furtivamente, ver ciertos gestos repentinos que en la espontaneidad evocan mejor la semejanza, é instintivamente le apretamos la mano.

Pero son infinitamente distintos los efectos que producen en nosotros estos amigos, los cuales resultan entre sí más diferentes que los amigos jóvenes, porque no se prestan tanto á la imitación, ni encuentran necesario molestarse en disimular sus defectos morales que la edad ha agrandado y hecho incurables.

Hay viejos sonrosados y alegres, de una frescura admirable de cuerpo y de alma para los cuales las canas, que dan á su cabellera el aspecto de un tur-

hante de algodón blanquísimo, son una belleza; benévolo con todos, contentos de sí como si de su edad no sintieran sino las ventajas, y avezados á expresar de cuando en cuando su filosofía con un restregón de manos; estos nos hacen un bien inestimable, mostrándonos la vejez despojada de cuanto tiene de desagradable y de triste y casi apetecible, como una edad de contemplación tranquila del mundo, no trastornada por las pasiones; el pensamiento de la cual parece que refleja ya una cierta luz serena sobre nuestros maduros años.

Hay otros testarudos y duros como piedras, con los cabellos espesos y erizados sobre su frente bronceada con bigotes atusados sobre gruesos labios, que descubren dos filas de dientes apretados y fuertes, con las manos gruesas y velludas, señaladas aquí y allí con recuerdos de duelos y caídas, marcados con todas las pasiones de la juventud, viriles en todos conceptos; arriesgados en todas las ideas, inmoderados en el estudio y en todos los ejercicios corporales, que aprenden el alemán á los 65 años, tiradores de armas después de los 70, castigados por las desgracias y siempre animosos para vivir y violentos y tenaces en todas las cosas; estos nos infunden en la sangre el afán de la vida, el empeño de salir adelante en las empresas á pesar de todas las contrariedades,

haciendo frente á todas las desgracias y á todos los desengaños, trabajando y luchando hasta perder el último aliento, con los nervios crispados y con los dientes apretados.

Hay otros no ménos admirables por razones enteramente contrarias: viejecillos á los cuales desde los 30 años no les entra una idea en la cabeza; monumentos vivos é intactos de otra edad, que no consienten estar con nosotros degenerados, y no aceptan nuestra amistad, sino para contarnos aquellos hechos, recitarnos aquella poesía, solfearnos aquella música, encomiar aquellas costumbres, decantamos aquellos grandes hombres olvidados, á los cuales se unieron su admiracion y su afecto, como la manecilla de un reloj enmohecido, y concluimos por encariñarnos con ellos y con su pequeño musco de recuerdos, en el cual descansamos la imaginacion. ejercitándonos al propio tiempo en la tolerancia á la opinion contraria y en el respeto á las cosas muertas.

Otro viejo útil y agradable, porque nos hace ahuyentar nuestros pensamientos cuando nos dejamos abatir por presentimientos y abatimientos siniestros, y nos reaviva el espíritu cuando estamos próximos á ser viejos, es el jovencillo eterno, el cual cada dos lustros se para, deja pasar adelante sus compañeros caducos que desprecia, y se sumerge en la oleada humana que

viene despues, de modo que á los 70 años ha cambiado ya tres generaciones de amigos, viejo burlesco que oculta que ahuyenta sus disgustos como las moscas, privilegio de festivas benevolencias con todas las debilidades humanas. cerebro desocupado, corazón abierto, manos rotas, una cara expresiva de viejo truhan bajo una cabellera gris continuamente atusada por dedos amarillentos por el cigarro.

Hay otro, que buscamos cuando estamos melancólicos, como buscaríamos una música que distrajera nuestra tristeza; un septuagenario que está sólo, que tiene para nosotros una amistad cariñosa, pero taciturna; y nosotros experimentamos una sacudida en el corazón y una sensación de ternura que nos produce bienestar, acompañándole algunas veces, de noche, tarde, hasta su pequeño retiro de viejo solitario, sencillo como la casa de un hombre que no se preocupa de sí mismo; lleno de retratos y de recuerdos de una familia muerta ó esparcida; delante de los cuales, pensando en nuestro porvenir, sentimos un ligero escalofrío por las venas.

Otras veces, una disposición particular de nuestro ánimo, nos hace buscar al amigo que representa con una cierta gracia severa la vejez elegante y galante, un viejo atildado, ligeramente perfumado y ceremonioso, de maneras vivas, de palabras

agudas y correctas, con una voz sonora y cariñosa, en la cual nos parece oír un eco lejano de risa argentina de bellas señoritas; y sus ojos claros y brillantes expresan mil recuerdos de aventuras envidiadas y muchos deseos sobrevivientes, pero al mismo tiempo el desden de la vejez relajada y no sé qué culto sensual, pero reverente, á la mujer, y un placer de vivir para recordar, y un estudio de parecer amable para hacer comprender que ha sido amado: un viejo, delante del cual, nos avergonzamos un poco, y algunas veces útilmente, del descuido que tenemos de nosotros mismos, degenerado casi en desaliño, y de nuestra libertad de maneras, ya muy cercanas á la grosería.

Hay tambien el viejo amigo de humor tranquilo y sosegado, que, con su cabeza blanca, se ha hecho un pequeño paraíso casero de voluptuosidad y de comodidad de convaleciente vicioso, en el cual se arrellana y se apoltrona, sonriendo con todas las cien arrugas de su cara bondadosa; y este nos comunica poco á poco su filosofía, un sentimiento reposado y templado de la vida, el amor á nuestras propias comodidades del rincón, del fuego, del café aromático, de la gota de licor añejo, de las conversaciones tranquilas y agradables, una espectación razonable hasta el fin de la vida.

Otro, es un viejo rígido, que no nos concede una entera familiaridad; un poco enigmático para nosotros, pero que en las pocas palabras y en las expansiones del alma, deja adivinar una naturaleza domada por la voluntad, una vejez severa que acecha de propósito, un pasado muy diverso del presente, una conciencia rehecha con esfuerzos y con sacrificios tremendos; y aquel misterio, aquella fina compostura, aquellas canas tristemente victoriosas en batallas íntimas y desconocidas, nos tienen en una sujeción reverente y casi temerosa, que nos hace ajustar nuestras cuentas en la vida y ser más severos con nosotros mismos.

Todas estas amistades, nos dan alguna cosa, que la amistad de los coetáneos no nos puede dar. Tenemos un buen conocimiento de la vida nosotros, y creemos suplir con el ingenio aquella poca experiencia que tenemos menos que los viejos; pero casi siempre, en las circunstancias difíciles, ellos ven más claro y más profundo que nosotros, y á fuerza de limpiar los anteojos y de palpar alrededor con las manos venosas, acaban por encontrar el hilo de salvación.

En las desgracias, más que las palabras abundantes y ardientes de los jóvenes, nos confortan á veces la exposición que ellos nos hacen de las desgracias

propias, y el ver en ellos como aún heridas peores que las nuestras pueden curarse y volver á tomar apego á la vida, despues de haberla arrastrado y maldecido como una cadena de galeote. A ellos solamente nos atrevemos á pedir ciertos consejos, confesar ciertas debilidades, revelar ciertos estados del ánimo que nuestro orgullo viril nos impide descubrir á los de nuestra edad.

Cierto es, que hace falta una gran delicadeza para conservar estos amigos. Algunas veces, la fuerza y la alegría de nuestra juventud les exaspera como una provocacion, y se vengan de ella con la contradiccion punzante, con la censura, tanto más acervado cuanto ménos sincera, de las ideas y de los sentimientos de nuestra edad, abusando tambien algo del respeto que nos refrena la lengua.

Y si rompemos aquel freno, nuestra más ligera ofensa resulta terrible á aquel orgullo ya irritado por mil cicatrices. Basta la experiencia de una sola vez para hacernos pacientes y circunspectos.

Cuando se ofende á uno de ellos y se le vé mudar de semblante, ¡en qué mal lugar se queda uno! La expresion de su resentimiento, tiene algo de tan triste, de tan severo, aún en los ménos severos, que lo hace intolerable á quien tenga una sombra de delicadeza.

Y cuando se ha roto la amistad, y se vuelve á ver al amigo encanecido, al cabo de varios años, pasar de léjos, solo, un poco más encorvado y un poco más despacio que la última vez, ¡cuánta pena dá! Nos parece que ha sido nuestra falta lo que le ha hecho bajar de aquella manera, y experimentamos remordimientos como de una vileza, como si hubiéramos golpeado á un enfermo.

El cuidado que ponemos desde entonces para en adelante á fin de apartar toda inconveniencia y toda discordia, aunque sea á precio de un esfuerzo trabajoso, nos está compensado con muchos placeres difíciles de expresar á quien no los siente.

Es un placer especial, por ejemplo, el oír á nuestro amigo cargado de años en el paseo de la poblacion, en Otoño, aquellas largas historias cansadas de familia, de amores y de matrimonios, de fortunas y de ruinas, que parece nos levantan en derredor el polvo de medio siglo, y esparcen un olor de novelas domésticas, que resucitan delante de nosotros, abuelos de cien años, bellas esposas sepultadas, viejas casas destruidas, ideas muertas, costumbres desaparecidas, y tantas armonías y colores de otro tiempo que nos hacen soñar con los ojos abiertos.

Es una viva satisfaccion para el anciano padre de familia, á quien todo le sale mal en su casa, que está

amargado por hijos ingratos, que está oprimido por el trabajo y está hambriento de una hora de paz, venir á buscarnos, desahogar sus pasiones con nosotros y olvidarlas, volviendo con la conversacion y con la mente á sus buenos tiempos y recobrando á nuestro lado un poco de fuerza y de alegría, con la cual le vemos volver valerosamente á las duras pruebas de todos los días.

Pocos recuerdos hay tan gratos como los de ciertas bellas tardes de primavera que consagramos, con un poco de disgusto, á un amigo viejo y desgraciado acompañándole pausadamente y afectando prestar á sus palabras algo graves y monótonas una atencion que le agrada, mientras nuestros amigos jóvenes, viéndonos á lo léjos nos hacen señas para que nos agreguemos á ellos con una expresion que ofrece algo de compasiva.

Aquella poca fuerza que nos hacemos para no abandonarnos á un sentimiento de complacencia, al confrontar nuestra sólida virilidad con la debilidad del viejo amigo que se lamenta á nuestro lado, nos infunde otra complacencia más noble que la primera que parece acumular vigor al ánimo y realzarlo.

Y gozamos en dedicar á nuestros amigos mil pequeñas cortesías de amigo oficioso, como si tu-

viésemos la seguridad de que un día nos serán devueitas, y en someterles, por deferencia, nuestra razon como si aquella disciplina que nos imponemos ante la ancianidad estuviese llamada á convertir en más rica y más ardiente la vena de nuestro pensamiento y de nuestra palabra, cuando volvemos entre los amigos de nuestra edad.

Y luego, cada sacrificio, por pequeño que sea, alcanzará su premio.

Pasarán años y años y todas las demostraciones de amistad que hayamos tributado á nuestros viejos amigos, los pacientes acompañamientos que les hayamos dedicado, las ágrías contestaciones reprimidas, los achaques fingidos, ostentados para consolarlos á ellos de achaques verdaderos, las bebidas preparadas junto á su cabecera, las horas eternas trascurridas en las estancias á media luz, perfumadas de manzanilla, las piadosas caricias hechas á sus últimas vanidades y las consoladoras palabras dejadas caer sobre sus últimos dolores, todas ellas volverán á nuestra memoria y todos estos recuerdos rociarán nuestro corazon, uno por uno, lentos, dulces, templados, haciendo quizá florecer algun buen sentimiento adormecido.

